

Infrahistoria de Madrid

Que si la Capital del Reino, que si el Kilómetro Cero, que si la Ciudad del Oso y el Madroño, que si de Madrid al Cielo... Sí, todo muy bonito y bucólico pastoril, pero... ¿qué hay de lo verdaderamente importante? ¿Qué hay, por ejemplo, del *relaxing* café con leche *in the Plaza Mayor*?; ¿qué hay de la Movida?; ¿qué hay de San Isidro, ese labrador que labraba lo menos que podía?; ¿qué hay de la gloriosa época de esa formidable delantera formada por Mendoza, Gil y Ruíz Mateos? Y sobre todo y más importante: ¿qué hay de Ramoncín, eh?

Pero tranquilo todo el mundo, que para eso estoy yo: para explicar las cosas verdaderamente trascendentes. Sin más, aquí os dejo la historia de vuestra ciudad explicada con rigurosa rigurosidad. Si soy un poco más riguroso me dan el Nobel en Rigurosidad, os lo advierto. Que San Isidro os pille confesados.

A GROSSO MODO De Muhammad a Pepe Luis

¿JUDEOCRISTIANOS? Aunque donde ahora está Madrid se han encontrado incluso restos prehistóricos, siempre se ha considerado que el primer asentamiento estable de la ciudad se estableció en la época musulmana, en la segunda mitad del siglo IX. Pero hay controversia al respecto últimamente, pues nuevos hallazgos sugieren que podrían haber sido los visigodos los primeros pobladores de la ahora villa. ¿Es importante? Pues quizá para los historiadores y para los visigodos sí, pero no sé si afecta demasiado al día a día de Madrid, la verdad. Y a mi día a día, que ni siquiera soy de Madrid, ni os cuento.



En todo caso, y hasta que lo de los visigodos se confirme, para la historia queda que fue el emir de Córdoba Muhammad I el que construyó una fortaleza alrededor de la cual fue creciendo la población que hoy conocemos como Madrid. Los que claman por el origen judeocristiano de las Españas todas niegan los hechos y juran que a

Madrid la fundó el mismísimo apóstol Santiago en un rato libre que tuvo entre evangelización y evangelización. Pero no: la fundó un tipo que ni era judío, ni era cristiano, ni muchísimo menos era apóstol. Se siente, pero hechos son hechos.

AHORA SÍ: JUDEOCRISTIANOS. Y, bueno, que aguantando algunos ataques cristianos y no cristianos, viendo cómo aparecían y desaparecían taifas, Madrid fue musulmana hasta que, allá a finales del siglo XI, el rey Alfonso VI de León tomó la taifa de Toledo a la que pertenecía Madrid y la ciudad cayó como fruta madura en manos cristianas. El susodicho rey Alfonso, que se ve que no era un integrista como algunos de sus sucesores —no, no estoy pensando en Isabel la Católica, para nada, qué va; qué cosas tenéis—, no echó a los moros de la ciudad, aunque, eso sí, los ubicó en morerías a las afueras y se quedó el centro para los suyos. Es normal: ahí es donde estaban los supermercados, los cines y esas cosas, y en aquella época no había metro. Taxis sí, porque los taxis están en Madrid desde antes de la extinción de los dinosaurios, pero no metro.



Por esos tiempos aparecen los dos grandes hitos de la cristiandad madrileña: el descubrimiento de la Virgen de la Almudena, y la vida de un tal Isidro, un labrador mozárabe que más tarde sería canonizado y que más tarde aún pasaría a ser el patrón de la ciudad por cosillas que os explicaré más adelante. Que, por cierto, se ha de destacar que Almudena es una palabra árabe. Por los del origen judeocristiano lo digo. Ya sé que puede parecerlo, pero juro que yo no he venido aquí a joder, en serio. Tampoco he venido a caer simpático ni a hacer amigos, cierto, pero no a joder.

LA RUEDA. Es en esa época también cuando Madrid recibe el título de Villa y cuando se constituye en Concejo, en el cual todos los ciudadanos toman las decisiones de forma asamblearia. Pero llegó en el siglo XIV Alfonso XI —me parece que en la Edad Media era

obligatorio que en Castilla los reyes se llamaran Alfonso— y dijo que eso de que la plebe tomara las decisiones nada de nada, por lo que ideó el Regimiento, que venía a ser que a partir de aquel momento las decisiones las tomarían unos cuantos privilegiados. Lo de toda la vida, vamos, tampoco es que inventara la rueda ni nada por el estilo, el tal Alfonso XI.



LA COMIDILLA. Y cuando los reyes de Castilla dejaron de llamarse Alfonso, la población de Madrid comenzó a ser más y más importante para los monarcas castellanos, principalmente por ocio. Es decir: en una época sin tele ni internet ni nada, se ve que una de las pocas diversiones de los reyes de aquella época era la caza y, se ve también, los alrededores de Madrid eran una mina en ese aspecto. Concretamente, parece ser que estaban plagados de osos, que de ahí, según algunos, viene como emblema de la ciudad. Según otros el tema viene de un oso en particular que cazó el rey Alfonso XI. ¿Lo del madroño? Pues unos dicen que Madrid estaba rodeado de descomunales bosques de madroños, y otros que en Madrid lo más parecido a un madroño que había antaño eran los peinados y pelucas de las reinas y las nobles de la época. El debate sigue vivo y no se habla de otra cosa en los bares y terrazas de Madrid, como todos sabéis.

Pero, claro, de tanto ir de asueto, se ve que los reyes le fueron encontrando el gustillo al sitio y cada vez más lo utilizaban como lugar de trabajo. El primero en usar Madrid para reunir a Las Cortes de Castilla fue Fernando IV a principios del XIV, pero a partir de ahí se empieza a convertir en habitual. Tanto, que ya pasada la Reconquista, la Guerra de Comunidades y tal y cual, Felipe II instala la Corte española en Madrid, y hasta hoy. Bueno, hasta hoy si no contamos que Valladolid fue capital de España durante cinco años a comienzos del siglo XVII y que Valencia y Barcelona fueron la sede del Gobierno durante la Guerra Civil del siglo pasado. “Anécdotas”, pensaréis los madrileños. “Tus huevos tuyos” o algo así, pensarán los pucelanos.

BURBUJA INMOBILIARIA. Por supuesto, la fisonomía de Madrid cambió tras la capitalidad, más que nada porque —repito lo de que no tenían tele ni internet— otra de las aficiones habituales de los reyes añejos, aparte de cazar, era construir cosas. Que si ampliaciones del Alcázar, que si el Palacio del Buen Retiro, que si el Monasterio de San Jerónimo el Real, que si el Palacio Real y la Plaza de Oriente cuando se quemó el Alcázar... Todo, como podéis observar, pensando en la utilidad para los madrileños y su bienestar, y no en ellos mismos y su comodidad. ‘Todo para el pueblo’, me dicen que era el lema de los monarcas de esa época.



Los Borbones prosiguieron con la fiebre constructora, pero a estos les dio por las fuentes (Neptuno, Cibeles, Apolo...) y la ciencia (Jardín Botánico, Observatorio Astronómico, Museo del Prado...), aunque Carlos III, digámoslo todo, también se hartó a construir hospitales, alcantarillado, puentes y parques. No es de extrañar pues que uno de sus apodosos fuera el de “el mejor alcalde de Madrid”, aunque Ana Botella no pueda estar más en desacuerdo. A estas alturas, como podéis comprender, a Madrid ya no la reconocía ni la madre que la parió.



FRANCESES. Fue el Levantamiento de Madrid el que dio el pistoletazo de salida a la Guerra de la Independencia del XIX contra los franceses, que se presentaron un día en los Pirineos diciendo que iban a por toallas a Portugal y que luego se volvían, pero que decidieron por el camino quedarse con España porque, supongo, debieron pensar algo así como: “Oye, ya que estamos aquí, ¿no?”. Pero en francés, claro, que todo queda mucho más fino y glamuroso.

Mandaba entonces José Bonaparte, el famoso ‘Pepe Botella’ —nooo, no tiene nada que ver con Ana—, del cual se dice que su pedrada en la cabeza consistía en destruir conventos para hacer plazas. Se ve que lo de la pedrada era cosa de familia, porque, sin ir más lejos, su hermano pequeño se creía mismamente Napoleón, así que, pobre, no podía hacer nada al respecto. Eso sí, con pedrada en la cabeza o sin pedrada, al final Bonaparte y el resto de los franceses fueron expulsados de la Península. Si fue para bien o para mal nunca lo sabremos. Por una parte tendríamos un montón de quesos y hablaríamos

francés, pero por otra tendríamos que aprendernos los nombres de todos esos quesos. Y en francés, además, así que no sé qué decir.

EXPANSIÓN. Tras este problemilla con los vecinos, la ciudad de Madrid, como el resto de ciudades de España en general, no dejó de crecer en población y extensión. Nacieron universidades como la Complutense y la de Alcalá, se crearon nuevos barrios como el de Salamanca y nuevas vías como la Castellana, empiezan a florecer estaciones y vías de tren como alergias en primavera, y los pajaritos cantaban y las nubes se levantaban y tal y cual.

Pero llegó el siglo XX y se jodió el invento. Ya sabéis: que si República, que si Guerra Civil —y el famoso lema de Madrid del “No pasarán”, aunque al final, desafortunadamente, pasaron—, que si Dictadura, que si Transición, que si “¡Se sienten, coño!”, que si “¡Te pego leche!”, que si “Mírala, mírala, mírala, mírala, mírala, la Puerta de Alcalá”, que si Gallardón, Botella y Carmena, que si Ramoncín... Y así hasta hoy, que ya no es infrahistoria sino infractualidad. Para el futuro, yo propongo que Madrid se presente para organizar los JJOO. Por hacer algo diferente, digo. No entiendo cómo no se le ha ocurrido a nadie, la verdad.

Y FIN. Y ya está. Va, confesadlo: en vuestra puta vida habéis leído algo tan estrictamente riguroso como esto, ¿verdad? No me deis las gracias, de verdad, lo hago encantado.

EL MOMENTAZO A colocarse todos

Muerto Franco —que al jodío le costó, pero que, obviamente, finalmente la cascó—, en Madrid se produjo una explosión de libertad tal que hasta hubo que ponerle nombre porque tenía vida propia. ‘Movida Madrileña’, la llamaron. Allí cabía desde Almodóvar pegando berridos en un escenario hasta Ágatha Ruíz de la Prada haciendo lo que buenamente haga, pasando por un porrón de bandas y artistas de todo tipo que hacían todo tipo de cosas. Ah, y también estaba Ramoncín, claro, no se nos vaya a olvidar.



En ese ambiente, solo le faltó a Madrid un alcalde como Enrique Tierno Galván, un tipo cercano que conectaba fantásticamente con la gente, especialmente con la juventud. Y a la juventud se dirigió un día en el Palacio de los Deportes antes de un concierto para pronunciar las siguientes palabras, que son historia de la Transición, de la Movida y de la Villa de Madrid: **“¡Rockeros: el que no esté colocao, que se coloque... y al loro!”**. Tremendo.

De acuerdo: la frase no es Shakespeare ni Sócrates ni Nietzsche, pero ni puñetera falta que le hace, oigan. Porque entre un alcalde diciendo a sus jóvenes que el que no esté colocao que se coloque y una alcaldesa diciéndole al mundo lo de la *relaxing cup of café con leche in the Plaza Mayor*, que todo el mundo me perdone pero no hay color. Lo uno es un momentazo, y lo otro es, directamente, un ridiculazo. Pienso que hasta Aznar —sin su señora delante, eso sí— estaría de acuerdo.

EL CRACK Isidro ¿labrador?

Sé que quizás Ramoncín considere que este apartado debería estar dedicado a él, pero no. Isidro, San Isidro para los amigos, era un labrador que, dicen, hacía milagros. Y he aquí el primer pero. ¿Los milagros? Quía... Lo de que era labrador. Porque, según cuentan las crónicas, el hombre era más conocido en la profesión por llegar puntualmente tarde al trabajo que por pegarse inhumanas panzadas de trabajar de sol a sol, las cosas como son.

